

# LA ESPIRITUALIDAD DEL LAICO MISIONERO

Por Juan Esquerda Bifet  
Catedrático emérito de la Universidad Pontificia Urbaniana

## Presentación

1. Espiritualidad misionera del laicado
2. Instancias actuales de los documentos conciliares y postconciliares sobre la vocación y espiritualidad laical misionera
3. Desafíos actuales y aplicaciones concretas:
  - A) Espiritualidad del laico en el espacio operativo de la misión “ad gentes”
  - B) Inserción evangélica en el cruce actual de culturas y religiones
  - C) Al servicio de la Iglesia particular

## Presentación

Las cuatro notas características de la vida apostólica del laico han quedado aclaradas en los documentos conciliares y postconciliares: inserción en las estructuras, como fermento evangélico, con responsabilidad propia y en comunión de Iglesia.

Estas cuatro notas tienen que matizar la espiritualidad específica del laico. La vivencia de la vocación laical tiene que corresponder a la gracia peculiar del laicado y a su campo peculiar de acción apostólica, también y de modo especial en la dimensión “ad gentes”.

Supuesta, pues, la vocación y espiritualidad específica del laicado, falta por delinear la dimensión misionera actual que deriva de esta vocación y espiritualidad peculiar.

Una vez aclarada y resumida esta espiritualidad misionera específica (apartado 1), habrá que buscar las derivaciones y aplicaciones concretas, teniendo en cuenta las aportaciones del magisterio misionero (apartado 2) y las urgencias actuales que se constatan en la realidad histórica y sociológica (apartado 3).

Desde esta presentación, quiero señalar ya los aspectos que me han movido a redactar este estudio. No sólo para los sacerdotes y miembros de la vida consagrada, sino también para el laicado, vale la observación de que nadie puede ser apóstol y misionero, sin vivir de modo comprometido y según su propio carisma, la experiencia de Iglesia particular como misterio-comunión-misión; todo apóstol está llamado a construir la Iglesia particular de origen y de destino. Sin esta experiencia apostólica, el laico (como también el sacerdote ministro o la persona consagrada) no sabrá aportar el objetivo específico de la misión “ad gentes”: construir (implantar) la Iglesia particular o local.

De ahí deriva una urgencia que reclama selección y formación: un laicado consagrado al servicio de la Iglesia particular con sus derivaciones universales. Esta urgencia se tendrá que concretar en la responsabilidad específica del laicado respecto al proceso de hacer madurar las “semillas del Verbo”, escondidas en todas las culturas y religiones. Es una urgencia que tiene dimensión cristológico-pneumatológica (hacer madurar las semillas del Verbo que el Espíritu Santo ha ido sembrado en el decurso de la historia) y dimensión eclesiológica (implantar la Iglesia particular), con derivaciones especiales en los “ámbitos nuevos de la misión ad gentes” (RMi 37-38). Hacia estos campos apostólicos tendrá que

aplicarse la espiritualidad misionera específica del laicado.

## 1. Espiritualidad misionera de laicado

La palabra “laico” indica miembro del “pueblo”. Pero cuando hablamos de “laicos” o del “laicado”, queremos indicar un grupo peculiar del mismo Pueblo de Dios. Toda vocación forma parte de este Pueblo (cfr. LG II), pero cada uno según las gracias recibidas. Con el calificativo de laicos indicamos a los cristianos que, deseosos de poner en práctica estas exigencias del bautismo, se sienten llamados a ser santos y apóstoles en las estructuras humanas, desde dentro y a modo de fermento, con la propia responsabilidad, en comunión con la Iglesia<sup>1</sup>.

La “*secularidad*” consiste en la inserción plena “en el corazón del mundo” (EN 70), es decir, en el “orden temporal” o “ciudad terrena” (cfr. LG 31). Ser “*fermento*” evangélico con el espíritu de las bienaventuranzas, es una exigencia del bautismo y del mandato del amor. Asumir la “*responsabilidad*” específica es un “derecho y deber” (can. 225) que deriva de una peculiar participación del laico en el profetismo, sacerdocio y realeza de Cristo. Todo ello lo viven los laicos en “comunión” eclesial como miembros peculiares del Pueblo de Dios, partícipes “en la misma misión de la Iglesia” (LG 33), en armonía con la apostolicidad de la Iglesia y con los otros carismas y vocaciones<sup>2</sup>.

El estado de vida de “laicado” queda descrito en el capítulo cuarto de la constitución conciliar “Lumen Gentium”. Se le califica de “secular”, en el sentido de inserción especial en el mundo: “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos” (LG 31)

Estas realidades de gracia, que constituyen la vocación laical, exigen una vivencia de las mismas. La espiritualidad es la vivencia de lo que uno es y hace. Si las realidades de gracia que pertenecen a una vocación o estado de vida son específicas, lo será también el estilo de vida o espiritualidad que corresponde a las mismas. El laico, en su espiritualidad habrá de conjugar la “perfección de la caridad” (LG 40) con la “índole secular” (AA 29; CFL 15), de suerte que no se rompa el equilibrio entre el “espíritu evangélico” y la autonomía de las cosas seculares, para que “se realicen y progresen conforme a Cristo” (LG 31).

La “espiritualidad” del laico significa, pues, el estilo de vida que corresponde a su realidad laical. Como para todo cristiano, se trata de la vida “espiritual”, es decir, de la “vida según el Espíritu” (Rom 8,9) o de “caminar en el Espíritu” (Rom 8,4). La espiritualidad o vida espiritual es un camino o proceso de santidad o de perfección, que se traduce en actitudes concretas de fidelidad, generosidad y compromiso vital de totalidad. Si no se ponen rebajas a la espiritualidad laical, tampoco se pondrán a su derivación misionera.

La dinámica evangélica de este camino “en el Espíritu”, se puede sintetizar con estas pinceladas: es vida en Cristo (cfr. Jn 6,56-57; Gal 2,20), a partir de una llamada que se hace encuentro (cfr. Jn 1,35-51), unión y relación personal (cfr. Me 3,14), seguimiento personal y comunitario, imitación (cfr. Mt 11,29), configuración o transformación (cfr. Jn 1,16; Rom

---

<sup>1</sup> AA.VV., *Vocación y misión del laicado en la Iglesia y en el mundo, Teología del Sacerdocio* 20 (1987); A. ANTÓN, “Principios fundamentales para una teología del laicado en la eclesiología del Vaticano II”, en: *Gregorianum* 68 (1987) 103-155; J. AUMANN, “The role of the Laity in the Church and in the World”, en: *Angelicum* 65 (1988) 157-169; J. BEYER, “Le laïcat et les laïcs dans l’Eglise”, en: *Gregorianum* 68 (1987) 157-185; Y.M. CONGAR, *Jalones para una teología del laicado*, Barcelona, 1963; S. PIE, “Aportaciones del Sínodo 1987 a la teología del laicado”, en: *Rev. Esp.de Teología* 48 (1988) 321-370; PONT. CONISILIUM PRO LAICIS, *Apostolado de los laicos y responsabilidad pastoral de los obispos*, Roma, 1982. En la nota 5 señalamos algunos estudios sobre la dimensión misionera del laicado.

<sup>2</sup> Son las notas características que se desprenden de los documentos magisteriales conciliares del Vaticano II y postconciliares. Cfr. LG 31; GS 43; AA 2-4; CFL 15; can. 225-227. Además del capítulo cuarto de “Lumen Gentium” (LG) y del decreto “Apostolicam Actuositatem” (AA), ver la exhortación postsinodal “Christifideles laici” (CFL). Hay dos números del concilio que resumen los contenidos principales de la vocación laical: LG 31 y GS 43.

6,1-8) y *misión* (cfr. Mt 4,19; 28,19-20). Tanto la entrega a la santidad como a la misión, en todo estado de vida, no admiten rebajas ni fronteras.

Los laicos, como bautizados, participan del profetismo, sacerdocio y realeza de Cristo como cualquier bautizado (cfr. LG 31). Pero, en cuanto laicos, según las características que hemos señalado, viven estas realidades con una gracia especial de inserción en el mundo. Precisamente de ahí arranca su “fondón específica y absolutamente necesaria en la misión de la Iglesia” (AA 1). Los laicos, “guiados por el espíritu evangélico, contribuyen a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento” (LG 31). Por esto, su identidad consiste en “extender el Reino de Dios y animar y perfeccionar el orden de las cosas temporales con el espíritu evangélico” (AA 4), es decir, “gestionar los asuntos temporales y ordenarlos según Dios” (LG 31).

Para que sea realidad esta derivación espiritual y apostólica del laicado, la exhortación apostólica “Christifideles Laici” insiste en una “renovación evangélica”, que es propia de todo estado de vida en la Iglesia: “El concilio Vaticano II ha pronunciado palabras altamente luminosas sobre la vocación universal a la santidad. Se puede decir que precisamente esta llamada ha sido la consigna fundamental confiada a todos los hijos e hijas de la Iglesia, por un concilio convocado para la renovación evangélica de la vida cristiana... Es urgente, hoy más que nunca, que todos los cristianos vuelvan a emprender el camino de la renovación evangélica” (CFL 16).

La espiritualidad laical, por ser una concretización de la espiritualidad cristiana, es “espiritualidad misionera”. Si “espiritualidad” es una vida según el Espíritu, la consecuencia que se sigue es: vivir la misión con fidelidad generosa al mismo Espíritu. Se conjugan, pues, dos realidades cristianas íntimamente unidas: espiritualidad y misión<sup>3</sup>.

No sería posible llegar a esta espiritualidad misionera del laicado sin la vivencia específica de su propia espiritualidad laical. Dice la encíclica misionera de Juan Pablo II: “Hoy se pide a todos los cristianos, a las Iglesia particulares y a la Iglesia universal la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu” (RMi 30).

Se podría definir la espiritualidad misionera como estilo de vida que corresponde al mandato misionero de anunciar el evangelio a todos los pueblos. La “espiritualidad misionera” (RMi cap.VIII) equivale al “espíritu de la evangelización” (EN VII) o dimensión espiritual de la misión. Es, pues, espiritualidad como estilo de vida del apóstol, que tiende a “renovarse constantemente” (AG 24), en cuanto a los criterios, escala de valores y actitudes<sup>4</sup>.

Se podría hablar de una “*consagración*” específica del laicado a la misión. No se trata del sacramento del orden o de la profesión pública de los consejos evangélicos, sino de la consagración del bautismo reforzada con gracias posteriores específicas, que tienden a la inserción peculiar en las realidades humanas. Son gracias peculiares que concretizan el profetismo, sacerdocio y realeza, como inserción en lo “secular”. Pero es siempre consagración para una misión específica, con responsabilidad propia, en comunión eclesial, que incluye también la cooperación en la misión “ad gentes”.

Se pueden distinguir también diversos niveles de la espiritualidad de laicado misionero: espiritualidad como disponibilidad para colaborar en la misión local y universal, espiritualidad como entrega efectiva, de por vida, a la misión “ad gentes”; matización de esta

---

<sup>3</sup> Resumo los contenidos y bibliografía actual sobre la “espiritualidad misionera” en: “Nueva evangelización y espiritualidad misionera (en el inicio del tercer milenio)”, en: *Studia Missionalia* 48 (1999) 181-201.

<sup>4</sup> Sobre la vocación laical en su dimensión misionera, cfr. AA 10; AG 41; EN 73; RMi 71-72. El documento de “Santo Domingo” trata el tema del laicado en la segunda parte, capítulo 1 (la nueva evangelización), nn. 94-103 (los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo). Más adelante citamos las exhortaciones apostólicas sobre la evangelización en los diversos Continentes: “Ecclesia in America” (EAm), “Ecclesia in África” (EAf), “Ecclesia in Asia” (EAs), “Ecclesia in Oceania” (EO).

espiritualidad con algún carisma particular (personal o de instituciones, comunidades, movimientos, etc.). En cualquiera de estos niveles, la espiritualidad misionera consistirá especialmente en “transmitir a los demás su experiencia de Jesús” (RMi 24).

El apostolado que realizan los laicos puede ser a nivel parroquial, diocesano e interdiocesano y universal, en la catequesis, liturgia, acción pastoral y social, servicios de caridad, consejos pastorales, administración... (cfr. AA 10; CFL 25-27). Son los campos de casi todas las vocaciones (sacerdotales, laicales y de vida consagrada). Pero el laico se inserta en estos campos con su espiritualidad peculiar

La línea de “secularidad” en la misión de los laicos, enraíza en el misterio de la Encarnación. La vivencia del misterio de María ayudará a profundizar en esta línea de inserción. “La Iglesia, meditando piadosamente sobre María y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación” (LG 65).

## 2. Instancias actuales de los documentos conciliares y postconciliares sobre la vocación y espiritualidad laical misionera

Según los documentos magisteriales actuales, el apostolado laical debe llegar a los campos que estén más en consonancia con su identidad de consagración y de secularidad: familia (AA 11; EN 70-71), juventud (EN 72), educación y cultura (EN 19-20; RMi 37), vida sociopolítica y económica (AA 14; EN 70), trabajo (AA 13, EN 70; LE 24-27), medios de comunicación social (EN 45, RMi 37), migraciones o movilidad humana (AA 10,14). A nivel de los diversos Continentes: EAm 44, 66; EAf 90; EAs 45; EO 43.

Naturalmente que todos estos campos se concretan a nivel de Iglesia local y de Iglesia universal. De hecho, las encíclicas misioneras de antes del concilio, especialmente la “Fidei donum” de Pío XII (1957), ya indicaban esta derivación misionera. Los documentos conciliares y postconciliares son más explícitos al afirmar la responsabilidad misionera de la Iglesia particular<sup>5</sup>.

El laicado es imprescindible para la evangelización “ad gentes”, para la “plantatio Ecclesiae”: “La Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es signo perfecto de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho” (AG 21). Por esto, la participación del laicado en la misión “ad gentes” será “en las jóvenes Iglesias como elemento esencial e irrenunciable de la plantatio Ecclesiae” (RMi 72).

Habrà que tener en cuenta la peculiaridad de la colaboración laical en el campo de la misión “ad gentes” (o primera evangelización), a partir de las características de la vocación laical: ser fermento evangélico, en las estructuras humanas, desde dentro, en comunión y responsabilidad de Iglesia. La encíclica “Redemptoris Missio” indica esta “aportación específica”, a nivel profético, sacerdotal y real, puesto que “dada su propia índole secular, tienen la vocación específica de buscar el Reino de Dios tratando los asuntos temporales y

---

<sup>5</sup> Cf. AG 19-22, 29, 38, 41; LG 31; GS 38; AA 2, 6, 10, 13; EN 62, 70-73; RMi 61-64, 71-72, 85; CFL 7-8, 64; can. 225. Algunos estudios sobre la responsabilidad misionera de los laicos: J. CHIFFLET, *Il laico al servizio delle misión*, Torino, 1962; Y.M. CONGAR, *Sacerdoce et laïcat, devant leur tâches d'évangélisation et de civilisation*, París, Cerf, 1965; P. DÍAZ PENALVER, *Dimensión misionera del laicado*, Burgos, 1976, 75-89; J. ESQUERDA BIFET, “Dimensión misionera de la vocación laical”, en: *Seminarium* 23 (1983) 206-214; R. ESPINOSA, *Promoción misionera de los laicos*, Quebec, Univ. Laval, 1974; J. FRISQUE, “La tâche du laïcat missionnaire”, en: *Parole et Mission* (1966) 403-411; J. GARCÍA MARTIN, “Los laicos en las misiones”, en: *Monitor Ecclesiasticus* 108 (1983) 95-123; F. OCARIZ, “La partecipazione dei laici alla missione della Chiesa”, en: *Annales Theologici* 1 (1987) 7-26; J. SARAIVA, “Ruólo missionario e formazione apostólica del laici”, en: *Euntes Docete* 40 (1987) 643-663; A. SEUMOIS, “Laicato e missioni”, en: *Le missioni nel Decreto “Ad Gentes” del Concilio Vaticano II*, Roma, Ediz. Urbaniana, 1966, 246-257.

ordenándolos según Dios” (RMi 71; cfr. LG 31)).

La responsabilidad evangelizadora es siempre de anuncio, celebración y comunicación del misterio pascual de Cristo, a nivel local y universal. El estado laical, con su peculiar participación en la acción evangelizadora de la Iglesia, ha de llegar al campo del anuncio (profetismo), de la celebración litúrgica (culto, sacerdocio), de la extensión del Reino y de los servicios sociales de caridad (realeza).

Los “laicos” tiene un cometido específico en el campo de la misión: “Los laicos cooperan a la obra de evangelización de la Iglesia y participan de su misión salvífica a la vez como testigos y como instrumentos vivos” (AG 41). La historia ha confirmado su importancia: “La participación de los laicos en la expansión de la fe aparece claramente, desde los primeros tiempos del cristianismo, por obra de los fieles y familias, y también de toda la comunidad” (RMi 71; cfr. can 225,1).

Las exhortaciones postsinodales que se refieren a los diversos Continentes (EAm, EAf, EAs, EO) concretizan la derivación misionera en campos muy específicos.

“*Ecclesia in America*” no olvida la acción local: “La parroquia renovada requiere la cooperación de los laicos, un animador de la acción pastoral y la capacidad del pastor para trabajar con otros. Las parroquias en América deben señalarse por su impulso misional que haga que extiendan su acción a los alejados” (EAm 41). Pero, al mismo tiempo, no deja de subrayar la espiritualidad del laico misionero, a partir del bautismo, calificándola de “espiritualidad de comunión”: “La doctrina del Concilio Vaticano II sobre la unidad de la Iglesia, como pueblo de Dios congregado en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, subraya que son comunes a la dignidad de todos los bautizados la imitación y el seguimiento de Cristo, la comunión mutua y el mandato misional. Es necesario, por tanto, que los fieles laicos sean conscientes de su dignidad de bautizados. Por su parte, los Pastores han de estimar profundamente el testimonio y la acción evangelizadora de los laicos que integrados en el pueblo de Dios con espiritualidad de comunión conducen a sus hermanos al encuentro con Jesucristo vivo. La renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos” (EAm 44).

El campo misionero se amplía a los nuevos “areópagos”, en los que el laico demostrará su propia espiritualidad y será allí donde realizará “el camino de su propia santificación”: “América necesita laicos cristianos que puedan asumir responsabilidades directivas en la sociedad. Es urgente formar hombres y mujeres capaces de actuar, según su propia vocación, en la vida pública, orientándola al bien común. En el ejercicio de la política, vista en su sentido más noble y auténtico como administración del bien común, ellos pueden encontrar también el camino de la propia santificación. Para ello es necesario que sean formados tanto en los principios y valores de la Doctrina social de la Iglesia, como en nociones fundamentales de la teología del laicado. El conocimiento profundo de los principios éticos y de los valores morales cristianos les permitirá hacerse promotores en su ambiente, proclamándolos también ante la llamada neutralidad del Estado” (EAm 44).

La aplicación a los nuevos “areópagos” no ahorra el deber específico de la misión por parte de los laicos: “También « los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio: son habilitados y comprometidos en esta tarea por los sacramentos de la iniciación cristiana y por los dones del Espíritu Santo ». En efecto, ellos han sido hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo. Por consiguiente, los fieles laicos —por su participación en el oficio profético de Cristo— están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia, y por ello deben sentirse llamados y enviados a proclamar la Buena Nueva del Reino. Las palabras de Jesús: « Id también vosotros a mi viña » (Mt 20, 4), deben considerarse dirigidas no sólo a los Apóstoles, sino a todos los que desean ser verdaderos discípulos del Señor” (EAm 66).

Se señala la trascendencia actual de la actuación de los laicos, indicando líneas

peculiares de espiritualidad: “Por eso, en gran parte, recae en ellos la responsabilidad del futuro de la Iglesia. Los ámbitos en los que se realiza la vocación de los fieles laicos son dos. El primero, y más propio de su condición laical, es el de las realidades temporales, que están llamados a ordenar según la voluntad de Dios. En efecto, con su peculiar modo de obrar, el Evangelio es llevado dentro de las estructuras del mundo y obrando en todas partes santamente consagran el mismo mundo a Dios. Gracias a los fieles laicos, la presencia y la misión de la Iglesia en el mundo se realiza, de modo especial, en la diversidad de carismas y ministerios que posee el laicado. La secularidad es la nota característica y propia del laico y de su espiritualidad que lo lleva a actuar en la vida familiar, social, laboral, cultural y política, a cuya evangelización es llamado. En un Continente en el que aparecen la emulación y la propensión a agredir, la inmoderación en el consumo y la corrupción, los laicos están llamados a encarnar valores profundamente evangélicos como la misericordia, el perdón, la honradez, la transparencia de corazón y la paciencia en las condiciones difíciles. Se espera de los laicos una gran fuerza creativa en gestos y obras que expresen una vida coherente con el Evangelio” (EAm 44).

Esta acción “ad extra” o fuera de la Iglesia, no debe olvidar toda la labor “ad intra”, incluso por medio de ministerios laicales: “Hay un segundo ámbito en el que muchos fieles laicos están llamados a trabajar, y que puede llamarse « intraeclesial ». Muchos laicos en América sienten el legítimo deseo de aportar sus talentos y carismas a la construcción de la comunidad eclesial como delegados de la Palabra, catequistas, visitantes de enfermos o de encarcelados, animadores de grupos etc. Los Padres sinodales han manifestado el deseo de que la Iglesia reconozca algunas de estas tareas como ministerios laicales, fundados en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, dejando a salvo el carácter específico de los ministerios propios del sacramento del Orden” (EAm 44)<sup>6</sup>.

Naturalmente que las tareas apostólicas de los laicos no deben confundirse con otras tareas que son específicas de los sacerdotes ministros o de las personas consagradas. “Que las tareas confiadas a los laicos sean bien distintas de aquellas que son etapas para el ministerio ordenado y que los candidatos al sacerdocio reciben antes del presbiterado. Igualmente... que estas tareas laicales no deben conferirse sino a personas, varones y mujeres, que hayan adquirido la formación exigida, según criterios determinados: una cierta permanencia, una real disponibilidad con respecto a un determinado grupo de personas, la obligación de dar cuenta a su propio Pastor. De todos modos, aunque el apostolado intraeclesial de los laicos tiene que ser estimulado, hay que procurar que este apostolado coexista con la actividad propia de los laicos, en la que no pueden ser suplidos por los sacerdotes: el ámbito de las realidades temporales” (EAm 44)<sup>7</sup>.

“*Ecclesia in África*” da una importancia extraordinaria al papel del laicado misionero en todas las esferas de la sociedad: “Se debe ayudar a los laicos a tomar cada vez más conciencia del papel que deben ocupar en la Iglesia, reconociendo así la misión que les es propia como bautizados y confirmados, de acuerdo con la enseñanza de la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici* y de la Encíclica *Redemptoris Missio*. Deben, pues, ser preparados para esto mediante adecuados centros o escuelas de formación bíblica y pastoral. Del mismo modo, los cristianos que ocupan puestos de responsabilidad deben ser preparados cuidadosamente para su actividad política, económica y social con una sólida

---

<sup>6</sup> Continúa la exhortación: “Se trata de un tema vasto y complejo para cuyo estudio constituí, hace ya algún tiempo, una Comisión especial y sobre el que los organismos de la Santa Sede han ido señalando paulatinamente algunas pautas directivas. Se ha de fomentar la provechosa cooperación de fieles laicos bien preparados, hombres y mujeres, en diversas actividades dentro de la Iglesia, evitando, sin embargo, una posible confusión con los ministerios ordenados y con las actividades propias del sacramento del Orden, a fin de distinguir bien el sacerdocio común de los fieles del sacerdocio ministerial” (EAm 44).

<sup>7</sup> Ver comentarios: AA.VV., *Iglesia en América. Al encuentro de Jesucristo vivo*, Lib. Edit. Vaticana, 2001 (Plenaria de la P.C.A.L.; comenta temas de “*Ecclesia in America*”); CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Del encuentro con Jesucristo a la solidaridad con todos*, México 2000.

formación en la doctrina social de la Iglesia, para que sean testigos fieles del Evangelio en su ámbito de acción” (EAF 90).

“*Ecclesia in Asia*” subraya más el aspecto misionero propiamente dicho, sin olvidar los campos específicos a los que puede y debe llegar el laico. “En virtud de la gracia y de la llamada del bautismo y de la confirmación, todos los laicos son misioneros. El campo de su trabajo misionero es el mundo vasto y complejo de la política, de la economía, de la industria, de la educación, de los medios de comunicación, de la ciencia, de la tecnología, de las artes y del deporte... Testimoniando el evangelio a todos los ámbitos de la vida social, los fieles laicos pueden desempeñar un papel único para erradicar la injusticia y la opresión, y también con vistas a esa tarea deben recibir una formación adecuada” (EAs 45)<sup>8</sup>.

Afirmaciones semejantes se encuentran en “*Ecclesia in Oceania*”, acentuando la necesidad del testimonio de los laicos. “Desde los inicios de la Iglesia en Oceanía, los laicos han contribuido a su desarrollo y a su misión de muchas maneras y todavía continúan colaborando insertándose en diversas formas de servicio, especialmente en las parroquias como catequistas, educadores en la preparación de los sacramentos, animadores de las actividades con los jóvenes, guías de pequeños grupos y comunidades. En un mundo que tiene necesidad de ver y oír la verdad de Cristo, los laicos, según sus diferentes profesiones, son testimonios vivos del Evangelio. En animar el orden temporal en todos sus múltiples aspectos, consiste la llamada fundamental de los laicos... Son hombres y mujeres que viven su propia vocación cristiana principalmente en la vida cotidiana y animan el orden temporal mediante los bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las artes y las profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales, etc. (cfr. AA 7). La Iglesia sostiene y anima a los laicos para que luchen por establecer la justa escala de valores en el orden temporal y por dirigirlo de este modo hacia Dios por medio de Cristo. Así, la Iglesia se convierte en levadura que transforma toda la harina (cfr. Mt 13, 33) del orden temporal” (EO 43).

### 3. Desafíos actuales y aplicaciones concretas

#### A) Espiritualidad del laico en el espacio operativo de la misión “ad gentes”

De la vocación específica del laicado deriva una *misión específica*, que conlleva una responsabilidad propia en todos los campos de la misión eclesial local y universal. La especificidad de la misión laical deriva de su *inserción* en los diversos campos de la “*secularidad*” Los documentos que hemos citado anteriormente señalan: familia, juventud, educación y cultura, vida sociopolítica y económica, trabajo, medios de comunicación social, migraciones o movilidad humana. Se trata siempre de impregnar de “espíritu evangélico” las realidades humanas (cfr. RMi 72; EN 70).

El modo de insertarse respetando la “autonomía de la realidad terrena” (GS 36) se lleva a cabo con un actitud de “servicio” (GS 38), y por la orientación de la promoción humana hacia la salvación universal e integral en Cristo (cfr. LG 31; GS 34-39). El laico, “como miembro vivo y testigo de la Iglesia, hace a ésta presente y actuante en el seno de las realidades temporales” (AA 29). “La participación de los laicos en la expansión de la fe aparece claramente, desde los primeros tiempos del cristianismo, por obra de los fieles y familias, y también de toda la comunidad” (RMi 71).

En todos estos campos, la responsabilidad evangelizadora tiene que concretarse en

---

<sup>8</sup> J. H. KROEGER, “Asia-Iglesia en Misión. Introducción de la *Ecclesia in Asia*”, en: *Omnis Terra* 298 (2000) 103-110. Siguen siendo interesantes los contenidos de los “Lineamenta” del Sínodo sobre la evangelización en Asia, especialmente el cap. IV: “Jesucristo, Buena Nueva de Dios para la salvación de todos”.

anuncio, celebración y comunicación del misterio pascual de Cristo. Las asociaciones o movimientos laicales ayudan a salvaguardar y vitalizar la especificidad espiritual y apostólica del laicado (cfr. RMi 72) y tendrían que ser, como toda concretización eclesial, “casa y escuela de comunión” también en relación con otras comunidades o instituciones (cfr. NMi 43)<sup>9</sup>.

La espiritualidad del laico misionero se inserta según diversos niveles de actuación: parroquial, diocesano e interdiocesano y universal. Pero también tiene en cuenta los diversos servicios o ministerios proféticos, sacerdotales y reales: catequesis, liturgia, acción pastoral y social, participación en consejos pastorales y en administración

Esta misión debe abrirse a la universalidad de la Iglesia, es decir, en el campo de la misión “ad gentes” o de primera evangelización (AA 10; AG 21, 41; EN 73; RMi 71-72). Si el laicado se abre a la misión “ad gentes” indica que ha llegado a un grado peculiar de madurez respecto a su vocación específica: “Todos los fieles laicos deben dedicar a la Iglesia parte de su tiempo, viviendo con coherencia la propia fe” (RMi 74).

El laico, como tal, asume el compromiso de insertar los valores evangélicos en todos los ámbitos de la sociedad: justicia, paz, libertad, caridad. . “En el cumplimiento de este deber universal corresponde a los laicos el lugar más destacado” (LG 36). La razón principal es el mandato misionero de Cristo. Sin la perspectiva universalista, no sería posible esta labor laical de “encarnación” de los valores cristianos en las realidades humanas. En efecto, la paz, la justicia y la libertad no tienen fronteras; estableciendo fronteras y reducciones, estos valores son inalcanzables.

Las instituciones, comunidades y movimientos que agrupan a muchos laicos, tienen que ofrecer la perspectiva misionera universal, que es intrínseca a la misma naturaleza de la Iglesia. En efecto, los “movimientos eclesiales, dotados de dinamismo misionero representan un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha” (RMi 72). Hay que favorecer no solamente los “movimientos”, sino también las diversas “agrupaciones del laicado”, “respetando su índole y finalidades”, de modo que “todos se entreguen a la misión *ad gentes* y a la colaboración con las Iglesias locales” (RMi 72)<sup>10</sup>.

Un campo privilegiado del apostolado de los laicos, aunque no exclusivo de ellos, es la catequesis. Cuando, en los documentos eclesiales, se habla de “catequistas misioneros”, se quiere indicar a los catequistas laicos: “Digna de alabanza es también esa legión tan benemérita de la obra de las misiones entre los gentiles, es decir, los catequistas, hombres y mujeres, que llenos de espíritu apostólico, prestan con grandes sacrificios una ayuda singular y enteramente necesaria para la propagación de la fe y de la Iglesia” (AG 17)<sup>11</sup>.

Todo laico catequista, para convertirse en “fuerza básica de las comunidades cristianas”, necesita “una preparación doctrinal y pedagógica más cuidada, la constante

---

<sup>9</sup> “Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades... Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos” (NMi 43). Más abajo aplicamos la línea de la comunión, por parte de los laicos, como servicio a la Iglesia particular en su dimensión misionera (n.3, C).

<sup>10</sup> La encíclica *Redemptoris Missio* distingue diversas posibilidades de organizaciones laicales: “Asociaciones del laicado misionero, organismos cristianos y hermandades de diverso tipo” (RMi 72). AA.VV., *Movimenti ecclesiali contemporanei*, Roma, LAS, 1980. P. CODA, “I movimenti ecclesiali. Una lettura ecclesiologicala”, en: *Lateranum* 57 (1991) 109-144.

<sup>11</sup> La encíclica *Redemptoris Missio* hace mención especial de estos catequistas en el contexto del laicado: “Entre los laicos que se hacen evangelizadores se encuentran en primera línea los catequistas” (RMi 73). Todo catequista ayudará a las comunidades a renovarse y a hacerse misioneras en el contexto de la “nueva evangelización”. No obstante, “el título de 'catequista' se aplica por excelencia a los catequistas de tierras de misión... Sin ellos no se habrían edificado Iglesias hoy día florecientes” (RMi 73; cf. CT 66).

renovación espiritual y apostólica.... necesidad de procurar una condición de vida decorosa y la seguridad social, favorecer la creación y el potenciamiento de las escuelas para catequistas” y “los títulos oficialmente reconocidos por las Conferencias Episcopales” (RMi 73)<sup>12</sup>.

El catequista no es sólo un técnico, sino que, sobre todo, es un testigo porque debe “comunicar, a través de su enseñanza y su comportamiento, la doctrina y la vida de Jesús” (CT 6). “Solamente en íntima comunión con El, los catequistas encontrarán luz y fuerza para una renovación auténtica y deseable de la catequesis” (CT 9).

Al hablar de “otros agentes” laicos de la misión evangelizadora, “Redemptoris Missio” concreta algunos servicios misioneros: “Animadores de oración, del canto y de la liturgia; responsables de comunidades eclesiales de base y de grupos bíblicos, encargados de las obras caritativas, administradores de los bienes de la Iglesia, dirigentes de los diversos grupos y asociaciones apostólicas, profesores de religión en las escuelas” (RMi 74). “Evangelii Nuntiandi” habla de la importancia de los “ministerios” para la evangelización “ad gentes” también por parte de los laicos (EN 75).

## **B) Inserción evangélica en el cruce actual de culturas y religiones**

Un campo peculiar del apostolado laical, que reclama una fuerte espiritualidad específica, es la situación actual de cruce y encuentro entre culturas y religiones. Se trata quizá del problema más urgente de la evangelización actual, cuya solución exige una auténtica experiencia del mismo Dios que ha ido sembrando las “semillas del Verbo” en todas las culturas y religiones. Se podría decir, pues, que la espiritualidad misionera, por parte de todo apóstol, se concreta hoy especialmente en el testimonio de la experiencia de Dios (traducida en anuncio, servicios de caridad, etc.) (cfr. EN 76, RMi 91), como fidelidad a la acción actual del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo, para que las semillas del Verbo lleguen a “su madurez en Cristo” (RMi 28).

Este tema de las “semillas del Verbo” (y “preparación evangélica”), ya ha sido objeto de diversos estudios actuales. Hoy se puede apreciar un momento de gracia, en el sentido de que estas semillas parecen aproximarse a la “madurez en Cristo”. Si es verdad que hay que admitir “la presencia y la actividad del Espíritu... en las culturas y las religiones”, no es menos cierto que “es también el Espíritu quien esparce las semillas de la Palabra presentes en los ritos y culturas, y los prepara para su madurez en Cristo” (RMi 28)<sup>13</sup>.

La espiritualidad misionera del apóstol laico encuentra, pues, en este tema una aplicación relativamente nueva y urgente, especialmente en los diversos sectores culturales. El deseo y la búsqueda de Dios, que se encuentra en toda experiencia religiosa, según la encíclica “Fides et Ratio”, pone en evidencia que “en lo más profundo del corazón del hombre está el deseo y la nostalgia de Dios” (FR n. 24). “El hombre busca un absoluto que sea capaz de dar respuesta y sentido a toda su búsqueda” (ibídem, 27). Es “búsqueda de verdad y búsqueda de una persona de quien fiarse” (ibídem, 33). Por esto, el apóstol debe saber anunciar con franqueza que “en Jesucristo, que es la Verdad, la fe reconoce la llamada última dirigida a la humanidad, para que pueda llevar a cabo lo que experimenta como deseo

---

<sup>12</sup> Cf. AG 17; can. 785. Ver: AA. VV., *Catechisti per una Chiesa missionaria*, Roma, Pont. Univ. Urbaniana, 1982.

<sup>13</sup> Resumé los contenidos y bibliografía actual, en: “Huellas del Verbo encarnado en las diversas experiencias de Dios. A propósito del Jubileo del año 2.000”, en: *Burgense* 36 (1995) 333-359; *Hemos visto su estrella. Teología de la experiencia de Dios en las religiones*, Madrid, BAC, 1996, pp.275; “Alla luce dello Spirito Santo, discernere i semi del Verbo all'interno delle culture e delle religioni”, en: *Euntes Docete* 51 (1998) 91-98. La expresión “semillas del Verbo” es de San JUSTINO, *Apología* I, 6,3; 10,1-3; 13,2-3; I, 46,1-4; II, 8; PG 6, 457-458. Cfr. AG 3,11; LG 18; EN 53,80; RMi 29; VS 94. Sobre la “preparación evangélica”, cfr. LG 16; AG 3, citando a EUSEBIO DE CESÁREA, *Preparatio evangélica* 1,1: PG 21,28 a-b.

y nostalgia” (ibídem)<sup>14</sup>.

La espiritualidad del laico misionero, en estas perspectivas, se concreta en audacia y coherencia (nacidas de un encuentro personal con Cristo), para poder anunciar al mundo de hoy esta experiencia de fe, que es siempre fruto del Espíritu Santo (cfr. RMI 24). Cualquier destello de verdad, que Dios ya ha sembrado en el corazón humano, se dirige necesariamente hacia la verdad completa, que Dios nos ha manifestado por su revelación en Cristo. Sin la experiencia verdadera de encuentro con Cristo, el apóstol caería en uno de esos dos extremos igualmente erróneos: pensar que todas las religiones ya son la verdad plena (sin Jesucristo) o querer imponer la propia fe sin respetar la hora de Dios (la acción de la gracia)<sup>15</sup>.

Esta búsqueda de Dios, que puede constatarse en toda cultura y en todo corazón humano, que conduce al encuentro definitivo con Cristo, se traduce en un serio cuestionamiento para la persona del apóstol. La verdad completa se encuentra sólo en Cristo. A la luz de esta convicción y en la línea de la paciencia milenaria de Dios, “es posible superar las divisiones y recorrer juntos el camino hacia la verdad completa, siguiendo los senderos que sólo conoce el Espíritu del Señor resucitado” (FR 92).

Cuando el laico trabaja en el campo cultural (educación, investigación, arte, medios de comunicación, etc.), percibe que el camino de la auténtica reflexión humana no se opone a la revelación sobrenatural. Por esto, el anuncio de la fe cristiana “ha estimulado ciertamente la razón a permanecer abierta a la novedad radical que comporta la revelación de Dios” (FR 101). Una vida de inserción en la cultura, podrá aportar esta convicción: “El hombre contemporáneo llegará así a reconocer que será tanto más hombre cuanto, entregándose al Evangelio, más se abra Cristo” (FR 102).

Este anuncio misionero comporta, por parte del apóstol, una convicción y una vida coherente, de suerte que se vea en él la experiencia de haber encontrado a Cristo. Entonces aparecerá que “la revelación cristiana es la verdadera estrella que orienta al hombre... es la última posibilidad que Dios ofrece para encontrar en plenitud el proyecto originario de amor iniciado en la creación” (FR 15). Un testimonio de las bienaventuranzas, por una caridad heroica, se hace transparencia del misterio de la muerte y resurrección de Cristo y, consecuentemente, “rompe los esquemas habituales de reflexión” para abrirse a la fe (cfr. FR 23). Toda cultura “tiene en sí misma la posibilidad de acoger la revelación divina” (FR 71), pero necesita la gracia y el testimonio cristiano, “que sabe acoger cada cultura, favoreciendo el progreso de lo que en ella hay de implícito, hacia su plena explicitación en la verdad” (ibídem)<sup>16</sup>.

La espiritualidad misionera ayudará al laico a detectar con respeto las “semillas del Verbo” presentes en toda cultura y religión, sin dejar de orientarse hacia la plenitud que sólo se encuentra en Cristo, el Verbo encarnado. “La Iglesia sabe que los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» están ocultos en Cristo (Col 2,3)” (FR 51). Por esto cree que “la promesa de Dios en Cristo llega a ser, ahora, una oferta universal... como patrimonio del que cada uno

---

<sup>14</sup> La encíclica “Fides et Ratio” ofrece las grandes líneas de cómo debe insertarse la fe en los diversos sectores culturales. Ver algunos comentarios en: AA. VV., “Bibbia, Filosofía, Cultura (Congreso)”, en: *Euntes Docete* 52/1-2 (1999).

<sup>15</sup> Una de las características del magisterio de Juan Pablo II consiste en la insistencia por invitar al encuentro con Cristo para pasar a la misión: “Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo” (NMI 40). Estudio este tema analizando todas las encíclicas y exhortaciones del Papa, en: “El carisma misionero de Juan Pablo II: De la experiencia de encuentro con Cristo a la misión”, en: *Osservatore Romano* (esp.), 17.7.2001, pp.8-11; también en: *Omnis Terra* 321 (2002) 234-248.

<sup>16</sup> La actitud de “bienaventuranzas” es una línea básica de la espiritualidad misionera: “El misionero es el hombre de las Bienaventuranzas... La característica de toda vida misionera auténtica es la alegría interior, que viene de la fe. En un mundo angustiado y oprimido por tantos problemas, que tiende al pesimismo, el anunciador de la Buena Nueva ha de ser un hombre que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza” (RMI 91). La misión es anuncio y testimonio de las bienaventuranzas, porque “en su profundidad original son una especie de autorretrato de Cristo y, precisamente por esto, son invitaciones a su seguimiento y a la comunión de vida con él” (VS 16).

puede libremente participar” (FR 70).

Esta actitud espiritual de discernimiento ayuda también a purificar los aspectos limitados o imperfectos. Por esto “el anuncio o kerigma llama a la conversión, proponiendo la verdad de Cristo que culmina en su Misterio pascual. En efecto, sólo en Cristo es posible conocer la plenitud de la verdad que nos salva (cfr. Hech 4,12; 1 Tim 2,4-6)” (FR 99). Cristo es la “única respuesta a los problemas del hombre” (FR 104).

Sólo quien vive habitualmente del encuentro con Cristo sabrá distinguir entre los caminos que llevan a Dios y “el camino” que el mismo Dios se ha escogido enviando a su Hijo. La única meta final y el “Camino” verdaderamente salvífico es sólo Jesucristo. Si se observan con discernimiento y aprecio evangélico los otros caminos, se llega a esta consecuencia: “Cualquiera de estas vías puede seguirse, con tal de que conduzca a la meta final, es decir, a la revelación de Jesucristo” (FR 38). Cualquier reflexión humana, filosófica y teológica, debe estar abierta al infinito del misterio de Dios Amor en Cristo. Por esto, “la Verdad, que es Cristo, se impone como autoridad universal que dirige, estimula y hace crecer (cfr Ef 4,15) tanto la teología como la filosofía” (FR 92).

La espiritualidad misionera ayudará a adoptar una actitud equilibrada, para descubrir los valores auténticos de toda cultura (como valores universales y preparación evangélica), purificarlos cuando sea necesario, abrirlos a la plenitud en Cristo y compartir con todos los pueblos y culturas esos dones y gracias recibidas del mismo Dios (cfr. FR 71-72). La misión de insertar el evangelio en una cultura hace posible que el mismo proceso de inculturación se convierta en proceso de misión a todos los pueblos<sup>17</sup>.

### **C) Al servicio de la Iglesia particular**

La iglesia particular es la concretización de la única Iglesia allí donde hay un sucesor de los Apóstoles (un Obispo, ayudado por su Presbiterio) en comunión con el Papa (sucesor de Pedro) que preside el Colegio Episcopal. En ella se celebra, se vive y se comunica el misterio de Cristo muerto resucitado. Todo cristiano (sacerdote, religioso o laico) está llamado a este servicio de profetismo, sacerdocio y realeza (cfr LG 31).

En esta Iglesia particular se encuentran todas las vocaciones: sacerdotes, religiosos y laicos. Los sacerdotes que forman, con el Obispo, el Presbiterio, están al servicio de todos por el ministerio especial de representar y transparentar a Cristo Cabeza, Esposo, Sacerdote y Pastor. Los religiosos y demás personas consagradas expresan de modo especial la donación sponsal y radical de la Iglesia a Cristo, en vistas a un campo peculiar de misión. Los laicos viven el evangelio insertándolo como fermento en las estructuras seculares.

Algunos laicos se sienten hoy llamados a unir a esta vocación “secular”, algún compromiso más de vida consagrada e incluso todo el radicalismo del seguimiento evangélico. Entre estas posibilidades de entrega peculiar a la santificación y apostolado, muchos laicos han descubierto la realidad sobrenatural de la Iglesia particular y quieren consagrarse de modo especial a su servicio, en dependencia del carisma episcopal, como consagración al mismo Cristo presente en ella.

En todos los servicios (proféticos, litúrgicos, caritativos) de la Iglesia particular se necesitan laicos formados y dedicados plenamente a su realización con una espiritualidad específica y con unos compromisos permanentes. En la Iglesia particular faltan laicos comprometidos de modo permanente en los diversos servicios de anuncio, celebración, caridad, apostolado, animación, siempre a disposición del Obispo que preside el Presbiterio y

---

<sup>17</sup> Estos son los contenidos que se desprenden de los documentos magisteriales que hablan de la inserción del evangelio en las culturas: LG 13,17; GS 44; AG 3,10-11,22; EN 20, 53, 63; RH 12; SA (enc. Slavorum Apostoli); RMi 52-54; CA 24,50,51; PDV 55; CEC 1204-1206; VC 79-80; Eaf 62; Declaración “Dominus Iesus”; Instrucción “Diálogo y anuncio”. Ver también: Documento de la Comisión Teológica Internacional *Fede e inculturazione*, en: *La Civiltà Cattolica* 140 (1989) 158-177.

toda la comunidad eclesial.

Estos laicos comprometidos con compromisos estables (personales o comunitarios, privados o públicos), deben prepararse para asumir la responsabilidad que se les confíe dentro de la comunión eclesial. Una vez preparados y enviados, deben encontrar allí su propia vocación peculiar y los medios específicos para vivirla, tanto en el campo de la santificación como en el de la evangelización. Son, pues, laicos vocacionados de modo permanente, que no necesitan (salvo llamada especial de Dios) cambiar su propio camino por otro.

La implantación de la Iglesia no será efectiva hasta que no exista un laicado formado y responsable como señal de madurez de la Iglesia particular (cfr. AG 21, citado más arriba).

La “consagración” o dedicación del laico misionero al servicio de la Iglesia particular podría concebirse en estos términos:

- comprometerse como laicos (consagración y secularidad),
- al servicio de todas las realidades de gracia de la Iglesia particular, también con su responsabilidad misionera universal,
- según la misión confiada por el Obispo y en comunión con el Papa,
- inspirándose sea en la tradición común de la Iglesia, sea en alguna figura histórica (santo, fundador, fundadora) y también como miembros de una familia eclesial ya existente (movimientos, comunidades, asociaciones, etc.)

Hay que reconocer que esta dedicación o consagración de laicos al servicio de la Iglesia ya existe según diversas posibilidades suscitadas por “el mismo Espíritu, que distribuye estos dones a cada uno según su voluntad” (1 Cor 12,11). Pero siempre caben nuevas posibilidades de dedicación a la Iglesia particular y, especialmente, todas estas experiencias deben armonizarse en la comunión eclesial, que preside el Obispo (para la Iglesia particular) y el Papa (para la Iglesia universal).

Hay que señalar unas líneas de espiritualidad específica que sirvan de soporte al servicio apostólico y misionero que deben realizar en la diócesis:

- vivencia de la secularidad del laicado (insertados en las estructuras humanas como fermento),
- con compromisos personales o comunitarios de entrega o consagración (según diversas posibilidades),
- al servicio permanente de la misión indicada por el propio Obispo,
- con amor peculiar a la Iglesia a ejemplo de Jesús: “amó a la Iglesia y se entregó en sacrificio por ella” (Ef 2,25),
- sintiéndose unidos a María figura y Madre de la Iglesia

Los objetivos de esta consagración como laicos están enmarcados en esta perspectiva:

- santificarse en el propio trabajo y en la propia realidad laical,
- dedicarse a los servicios y obras de apostolado señaladas por el Obispo,
- ayudarse con los demás laicos (personalmente o en grupo) en verdadera fraternidad de consagrados al servicio de la Iglesia particular.

Ayudará la referencia a la Iglesia primitiva, que, por medio de los Apóstoles y sucesores, dio inicio a la misión universal, es convincente: “Lo que se hizo al principio del cristianismo para la misión universal, también sigue siendo válido y urgente hoy. La Iglesia es misionera por su propia naturaleza, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia. Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes” (RMi 62).

El servicio de los laicos en la misión de la Iglesia particular ayudará a descubrir su naturaleza misionera y a ponerla en práctica de modo responsable: “Toda la diócesis se haga misionera” (AG 38); “toda Iglesia particular debe abrirse generosamente a las necesidades de los demás” (RMi 64). Es estimulante la cita del documento de Puebla, que se encuentran en la encíclica “Redemptoris Missio”, n. 64: “Finalmente, ha llegado para América Latina la

hora... de proyectarse más allá de sus propias fronteras, ad gentes. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero Debemos dar desde nuestra pobreza” (Puebla 368).

La encíclica misionera de Juan Pablo II urge a su aplicación: “Las mismas Iglesias más jóvenes, precisamente para que ese celo misionero florezca en los miembros de su patria, deben participar cuanto antes y de hecho en la misión universal de la Iglesia, enviando también ellas misioneros a predicar por todas las partes del mundo el Evangelio, aunque sufran escasez de clero. Muchas ya actúan así, y yo las aliento a continuar” (RMi 62).

La referencia a la Iglesia universal por parte de la Iglesia particular, indica que toda Iglesia particular participa “in solidum” en esta responsabilidad misionera. “Como la Iglesia particular debe representar lo mejor que pueda a la Iglesia universal, conozca muy bien que ha sido enviada también a aquellos que no creen en Cristo y que viven en el mismo territorio, para servirles de orientación hacia Cristo con el testimonio de la vida de cada uno de los fieles y de toda la comunidad” (AG 20; cfr. can. 781; RMi 64).

La Iglesia particular se hace misionera, como consecuencia de su misma razón de ser, sólo cuando se compromete verdaderamente en este proceso de anunciar el evangelio donde todavía no ha sido suficientemente anunciado y donde la Iglesia todavía no ha sido suficientemente “implantada”. Así la Iglesia particular demuestra su “específica índole misionera” (RMi 64).

La espiritualidad misionera de toda vocación cristiana es espiritualidad de “comunidad”. Esta debe ser el “principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano... donde se construyen las familias y las comunidades” (NMI 43). Para llegar a construir las Iglesias particulares más necesitadas, se necesitan misioneros que hayan vivido profundamente la comunión en la propia Iglesia particular. Esto vale también para el laicado.

La Iglesia es “misterio”, signo de la presencia de Jesús en medio de la “comunidad” de hermanos que refleja la comunión trinitaria, para realizar la “misión” de anunciar y comunicar el mensaje de Cristo a todos los pueblos. La Iglesia es “comunidad” de hermanos, con diversidad de carismas: “Así la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4)<sup>18</sup>.

Cuando se realiza el servicio misionero como enviados por la Iglesia particular para construir otra Iglesia particular, se intenta transmitir una realidad de comunión, vivida en la propia Iglesia particular de origen (que preside un obispo), que tiene siempre dimensión universalista, bajo la guía del sucesor de Pedro. Por esto, la misión “ad extra” no es una transposición de la propia cultura ni de la propia problemática, como tampoco es una actitud de paternalismo ni de dar sólo lo que sobra, sino la prolongación de una vida de comunión eclesial.

Se comunica a las Iglesias hermanas una historia de gracia y una herencia apostólica, que es la quintaesencia de la Iglesia particular. Así es la “comunicación de bienes” (LG 13). “El mismo Espíritu”, que realiza la comunión, haciendo que la comunidad sea “un solo cuerpo” (1 Cor 12,4.12), insta a vivir la comunión misionera. Se vive, se comunica y se recibe la realidad de gracia de ser (con la predicación de los Apóstoles y con la Eucaristía) “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32).

El intercambio entre comunidades es el que corresponde a una familia de hermanos. La comunión es solidaria cuando es coherente con la propia experiencia de gratuidad de

---

<sup>18</sup> LG 4 cita a San Cipriano (*De orat. dom.* 23: PL 4,553). Cfr. AA.VV., “Comunidad: nuevo rostro de la misión”, Burgos, XXXIII Semana Misionera, 1981; J. BARREDA, “El apóstol, testigo de comunión”, en: *Studium* 22 (1982) 387-422; J. CAPMANY, *Misión en la comunión*, Madrid, PPC 1984; Y. CONGAR, *Diversité et communion*, París, Cerf 1982; J. ESQUERDA BIFET, *Compartir con los hermanos, la comunión de los santos*, Barcelona, Balmes 1992; C. GARCÍA EXTREMEÑO, “La actividad misionera de una Iglesia sacramento y desde una Iglesia comunión”, en: *Estudios de Misionología* 2 (1977) 217-252; M. J. LE GUILLOU, *Mission et unité, les exigences de la comunión*, París 1964; C. SCANZILLO, *La Chiesa sacramento di comunione*, Napoli, Dehoniane, 1987.

Dios. Olvidar la propia historia como historia de gracia, llevaría a la consecuencia de inestabilidad y desequilibrio<sup>19</sup>.

Si se ha aprendido en la propia comunidad a construir la Iglesia particular, la misma comunidad se convierte en escuela de misión “ad gentes”, que consiste en “fundar comunidades cristianas” y hacerlas “crecer hasta su completa madurez” (RMi 48). Si los evangelizadores no han tenido experiencia de Iglesia particular, será muy difícil que sepan construir la Iglesia a la que han ido a misionar. Naturalmente que también hay que evitar el concepto de Iglesia particular que prescindiera de las diversas vocaciones e instituciones, o que olvidara su responsabilidad universal. “Todo el misterio de la Iglesia está contenido en cada Iglesia particular, con tal de que ésta no se aísle, sino que permanezca en comunión con la Iglesia universal y, a su vez, se haga misionera” (RMi 48).

Muchos problemas internos en las comunidades o entre comunidades cristianas, cristalizan en tensiones y divisiones, que sólo se solucionarán abriéndose a la comunión y misión universal: “Sólo haciéndose misionera la comunidad cristiana podrá superar las divisiones y tensiones internas y recobrar su unidad y su vigor de fe” (RMi 49).

## Conclusión

La espiritualidad del laico misionero consiste en la aplicación de la espiritualidad específica del laicado al campo de la misión eclesial sin fronteras. Las notas características de la vocación laical (secularidad, fermento evangélico, responsabilidad y comunión) se vive en clave de disponibilidad misionera.

Entre los espacios operativos actuales del quehacer laical y también entre los desafíos actuales de la misión “ad gentes”, hay que destacar la necesidad de presentar la experiencia de Dios, peculiar del cristianismo, que señale claramente a Cristo como “el Camino” que orienta definitivamente a los otros “caminos” sin infravalorarlos ni destruirlos. El laico, insertado en el cruce actual de culturas y religiones, tiene un campo apropiado para dar testimonio de la experiencia cristiana de Dios, que es encuentro vivencial con Cristo resucitado.

En el contexto de la evangelización actual, la espiritualidad misionera del laico (como de todo apóstol) es imprescindible para insertarse en la realidad y descubrir que “el Verbo Encarnado es el cumplimiento del anhelo presente en todas las religiones de la humanidad” (TMA 6). Se trata de saber reconocer gozosamente esta realidad, discernirla a la luz del Espíritu Santo y encontrar los caminos evangélicos para que se realice el encuentro explícito con Cristo.

Las nuevas situaciones geográficas, sociológicas y culturales (cfr. RMi 37-38) urgen a reconocer que “la Iglesia tiene un inmenso patrimonio espiritual para ofrecer a la humanidad: en Cristo, que se proclama «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). Es la vida cristiana para el encuentro con Dios, para la oración, la ascesis, el descubrimiento del sentido de la vida. También éste es un areópago que hay que evangelizar” (RMi 38).

Un paso más hacia la concretización de la espiritualidad misionera del laicado, consiste en la dedicación a construir responsablemente la Iglesia particular de origen y de destino. Sin esta *espiritualidad de comunión eclesial*, sería imposible la misión del primer anuncio que incluye necesariamente la construcción de otras Iglesias particulares como misterio de comunión.

La comunión, tanto en la Iglesia de origen como en la que se presta ayuda, se

---

<sup>19</sup> Ver: Documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada: *La vida fraterna en comunidad*, “*congregavit nos in unum Christi amor*” (2 febrero 1994). La exhortación “Vita consecrata” dedica el segundo capítulo al tema de la “comunión”: “Signum fraternitatis”. La instrucción “Caminar desde Cristo” (de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, año 2002), en la tercera parte, habla de “espiritualidad de comunión” (n. 28-29), “comunión entre carismas antiguos y nuevos” (n. 30), “en comunión con los laicos” (n. 31), “en comunión con los Pastores” (n. 32).

construye teniendo en cuenta las diversas vocaciones (laical, sacerdotal, religiosa), los diferentes servicios o ministerios (proféticos, litúrgicos, diaconales) y los numerosos carismas del mismo Espíritu que sostiene las vocaciones y ministerios. Estas realidades de gracia, armonizadas en la comunión, forman la unidad de “un pueblo reunido” como reflejo de la vida Trinitaria (cfr. LG 4).

La existencia de toda vocación, ministerio y necesita el sello de garantía de la comunión. Todo don del Espíritu necesita desarrollarse en la realidad de Iglesia, que es comunión: “Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados” (Ef 4,4). Entonces, la comunidad eclesial, viviendo en armonía los dones recibidos, se hace “germen segurísimo de unidad para todo el género humano” (LG 9).

Es importante valorar la dimensión mañana de la espiritualidad laical misionera. La ejemplaridad e “influjos salvíficos” (LG 60) y materno de María llega a cada vocación según su especificidad espiritual y misionera. Con la ayuda de María y siguiendo su ejemplo, la vocación laical, en dimensión misionera, se dirige hacia la inserción en las estructuras humanas, como fermento evangélico, según la propia responsabilidad y en comunión con la Iglesia. “El modelo de esta espiritualidad apostólica es la Santísima Virgen María”, puesto que, “mientras vivió en este mundo una vida igual a los demás, llena de preocupaciones y trabajos familiares, estaba constantemente unida con su Hijo y cooperó de modo singularísimo a la obra del Salvador” (AA 4). Los laicos, pues, imitan a María y “encomiendan su vida apostólica a su solicitud materna” (ibídem).